



HOMILÍA en la Fiesta de Ntra. Sra. de la Merced, Patrona de la Ciudad Jerez.

Basílica de la Merced (24 de septiembre de 2011)

Excmo. Sr. Deán y Cabildo Catedral; P. Provincial de la Orden Mercedaria; Vicarios episcopales; Sr. Comendador de esta Basílica y PP. Mercedarios; sacerdotes, religiosos/as.

Excma. Sr. Alcaldesa y miembros de la Corporación Municipal; Dignísimas Autoridades Militares y Cuerpos afines; Presidente y miembros de la Real Academia de San Dionisio, de la Unión de Hdades.; Hdad. de Ntra. Sra. de la Merced y demás Instituciones locales y religiosas; queridos todos en el Señor.

En las lecturas que hemos escuchado destaca en el centro la figura de la “mujer” que, en el relato de Judit aparece como “liberadora” del pueblo. También -afirma San Pablo- es a través de la mujer por quien ha entrado la salvación en el mundo: Jesús. Y en el Evangelio, San Juan nos la presenta sobre todo como “madre”.

Pues bien, es esta Mujer –para nosotros: Nuestra Sra. de la Merced- la que, aunando los aspectos materno y salvador, nos sale al encuentro en esta mañana como Madre nuestra y Patrona de Jerez; la historia de su devoción en nuestra Ciudad tiene acreditada su arraigo popular y el amor y la veneración que suscita su imagen en todas las capas sociales; por eso su mensaje nos habla de gracia, don y misericordia.

“He ahí a tu Madre”

«Mujer, ahí tienes a tu hijo», «Hijo, ahí tienes a tu madre» (cf. Jn 19,26-27) son palabras del Señor desde la Cruz anticipando al discípulo, la misión y el rango que esa “mujer”, su Madre, adquirirá en orden a todos nosotros. Como en el relato de la creación Adán encuentra en Eva la compañera que buscaba y le da el nombre de “mujer”, así San Juan nos presenta en el Evangelio a María como la mujer por excelencia, la “mujer nueva”, definitiva y compañera del Redentor: nuestra Madre, expresando con este título la grandeza de su misión perenne. Ella es, por tanto, Madre de cada uno de nosotros, que somos miembros del Cuerpo místico de Cristo.

Concluye el evangelista el sugestivo relato con las palabras: «Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa» (Jn 19,27). Es decir, la acogió en su propia realidad, en su propio ser, en su propio corazón; porque quien te abre su casa te abre su corazón. De esta forma, María va a formar parte de la vida del discípulo, y él va a tener una morada perpetua en el Corazón de la Virgen María.

Por tanto, en el momento supremo del cumplimiento de la misión mesiánica, Jesús nos ha dejado como herencia preciosa, a su misma Madre, la Virgen María. Ella es parte del testamento del Señor y sus palabras nos alcanzan a todos nosotros: “he ahí a tu Madre”. Ese es el motivo de nuestra alegría en este día en el que nos postramos a los pies de Nuestra Señora de la Merced y le damos gracias al Señor por habérnosla dado como Madre y Protectora de esta gran familia, que es la Ciudad de Jerez, que hoy renueva amorosa y solemnemente la fidelidad a su Patronazgo.

Proclama mi alma la grandeza del Señor

También la Virgen hoy, que nos ha abierto su casa, esta hermosa Basílica en la que recibe el amor y el homenaje de todos los jerezanos que se acogen a su manto de misericordia, nos abre su Corazón y en él escuchamos el eco agradecido de una mujer joven, humilde y sencilla, que se ha visto enaltecida a la misión suprema de ser la Madre del Hijo de Dios, y al mismo tiempo llamada a dilatar su maternidad hasta todos los confines del espacio y de la historia. Como Reina y Señora de toda la creación la venera la Iglesia. Como Madre y Patrona la invocamos nosotros hoy.

Y con Ella cantamos: «Proclama mi alma la grandeza del Señor» ... Así comienza el “Magnificat”, que es el gran himno de alabanza que entonó cuando Isabel la llamó bienaventurada a causa de su fe. Es una oración de acción de gracias, de alegría en Dios, de bendición por sus grandes proezas: “porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mi...”.

Hoy más que nunca es necesario proclamar “la grandeza del Señor”. De hecho, proclamar la grandeza del Señor significa darle espacio en el mundo, en nuestra vida, permitirle entrar en nuestro tiempo y en nuestro obrar: ésta es la esencia más profunda de la verdadera oración. Donde se proclama la grandeza de Dios, el hombre no queda empequeñecido: allí también el hombre resulta engrandecido y el mundo se abre a una esperanza luminosa.

Todo el mensaje del viaje del Papa a Alemania, su tierra natal, donde está en estos momentos de visita pastoral, gira también en torno a esta idea: “Donde está Dios, allí hay futuro”, que en el fondo viene a significar lo mismo que la Virgen proclama: “la grandeza del Señor”. Así lo ponía de manifiesto en su homilía en uno de los santuarios marianos más importantes de Alemania:

“... ¿Qué quiere decirnos verdaderamente María cuando nos salva de un peligro?. Quiere ayudarnos a comprender la amplitud y profundidad de nuestra vocación cristiana. Quiere hacernos comprender con maternal delicadeza que toda nuestra vida debe ser una respuesta al amor rico en misericordia de nuestro Dios. Como si nos dijera: Entiende que Dios, que es la fuente de todo bien y no quiere otra cosa que tu verdadera felicidad, tiene el derecho de exigirte una vida que se abandone totalmente y con alegría a su voluntad, y se esfuerce en que los otros hagan lo mismo. “Donde está Dios, allí hay futuro”.

En efecto: donde dejamos que el amor de Dios actúe totalmente sobre nuestra vida y en nuestra vida, allí se abre el cielo. Allí, es posible plasmar el presente, de modo que se ajuste cada vez más a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesucristo. Allí, las pequeñas cosas de la vida cotidiana alcanzan su sentido y los grandes problemas encuentran su solución”. (cf Hom 23-IX-2011)

Por tanto, hermanos, cantar con María hoy el Magnificat es aceptar nuestra pequeñez, es descubrir que no nos hemos autocreado como quiere hacernos creer ciertas corrientes de la cultura actual; es tener claro que un mundo sin Dios nos es más humano, pues la negación de Dios da lugar a un nuevo concepto de hombre, materialista, mortal, del todo terrestre, que por pretender una libertad ilimitada e incondicionada, por encima incluso de la ley natural y sin ninguna referencia objetiva que nos obligue, cae por lo mismo en mil esclavitudes, la peor de las cuales es la prisión del egoísmo. En definitiva, se predica la libertad radical y se cae en la esclavitud radical del yo, que queda encerrado en sí mismo y atado a las cadenas del tener, del placer y del deseo.

María, Redención de cautivos

Todo esto nos lleva a mirar a Nuestra Señora de la Merced -cuya historia nos habla del origen de la Orden Mercedaria en relación con la liberación de los esclavos cristianos- y descubrir que nuestra devoción no sólo mira con agradecimiento al pasado, sino que se abre con esperanza al futuro, ya que es actual también para nosotros, hombres y mujeres del siglo veintiuno.

Porque sigue habiendo mucha esclavitud y falta de libertad, en sus múltiples formas. La mayoría de los hombres se creen libres cuando pueden hacer en cada momento lo que les apetece, cuando tienen la posibilidad de satisfacer todos los deseos y caprichos que el instinto le dicta. Pero esa libertad es la del animal, no la del hombre, y menos aún la del cristiano.

Jesucristo nos trae una forma nueva y suprema de libertad: la libertad de los hijos de Dios (cf Rm 8, 21). Y de esa libertad, que va más allá de las cadenas del cuerpo y que alcanza las profundidades del corazón, donde se encuentra la verdadera felicidad del hombre, de esa libertad nos habla la Virgen María.

Porque ser libre significa haber cortado todas las cadenas que nos impiden amar “con todo el corazón” (cf Dt 6, 5s); es decir, es liberación del pecado y del egoísmo para poder amar a Dios, como nos pide el primer Mandamiento de la Ley, ya desde Moisés (ibid), y amar a los hombres tal como Jesús nos lo explicitó en palabras y obras: “amaos como Yo os he amado, en eso conocerán que sois mis discípulos” (cf Jn 13, 34s). Llegar a ese amor es la verdadera libertad de los hijos de Dios, que nos ganó Jesucristo y de la cual la Virgen de la Merced se hace portadora como Madre y como testigo.

María fue una mujer libre. Ni por un instante estuvo bajo la sombra y la esclavitud del pecado. Siendo Inmaculada pudo entregarse sin reservas, con todo su corazón, al plan de amor de Dios nuestro Padre para todos los hombres. Por eso, como expresión de su máxima libertad puede exclamar: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu Palabra”.

Y esa humildad de la Virgen también es signo de libertad. Ella sabe que contribuye a la salvación del mundo, no con una obra suya, sino sólo poniéndose plenamente a disposición de la iniciativa de Dios. Por eso puede proclamar con fuerza y con júbilo “la grandeza del Señor”, dejando espacio a Dios en su vida y entregándose “con todo el Corazón” a la misión salvadora de su Hijo, como Madre de los redimidos y colaboradora del Redentor.

Terminaba el Papa su homilía en el Santuario de Etzelsbach afirmando:

“No es la autorrealización, el querer poseer y construirse a sí mismo, la que lleva a la persona a su verdadero desarrollo, un aspecto que hoy se propone como modelo de la vida moderna, pero que fácilmente se convierte en una forma de egoísmo refinado. Es más bien la actitud del don de sí, la renuncia a sí mismo, lo que orienta hacia el Corazón de María, y con ello hacia el Corazón de Cristo, así como hacia el prójimo; y sólo en este modo hace que nos encontremos con nosotros mismos”. (Ibid.)

Por tanto, queridos hermanos, pidámosle, por eso, a la Virgen de la Merced que Ella nos eduque según su propia imagen del ser libre y disponible para Dios y para los demás.

Y pidámosle también que al mismo tiempo nos haga instrumentos eficaces de liberación en nuestros hogares, grupos, lugares de trabajo y barrios, para que nuestra Ciudad, que hoy la aclamará con alegría a su paso en procesión por nuestras calles y plazas, descubra que sólo poniendo en el centro de nuestra vida a ese Dios pequeño como un Niño, que Ella nos muestra en sus manos, se alcanza la verdadera libertad para la que hemos sido creados: porque sólo Él es “el Camino, la Verdad y la vida” (cf Jn 14, 6). Así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez